

*Celui dont les penses, comme des aluettes,
Vers le cieux le matin prennent un libre essor,
Qui plan sur la vie, el comprend sans effort
Le language des fleurs et des choses muettes! “
“ÉLEVATION”, Les fleurs du mal (Beaudelaire, 1857)*

Aquellos cuyas mentes, como alondras agudas,
Hacia el cielo del alba un vuelo libre emprenden,
Que van sobre la vida y sin esfuerzo entienden,
La legua de las flores y las cosas mudas.

Del poema III “Elevación”, en “Las flores del mal” Beaudelaire (1857)

ELEVACIÓN

Solo yo supe que todo había sido una farsa.

Ni hablar de darle la llave y, ante su insistencia, le dije que yo mismo pasaría. Cuando Emma me pidió el frasco, imaginando de dónde venía y el porqué de su desesperación, pensé que sería inútil negarme.

Después, mientras me dirigía al laboratorio, mi cabeza iba cavilando qué hacer, cómo hacer. Escuchaba los latidos de mi corazón como si fuera a escapárseme de la caja torácica. Emma, *mi* Emma. Darle el arsénico que me había pedido estaba descartado de antemano, ¿acaso pensaría que me había creído yo lo de las ratas? Imposible, era incapaz de pensar en esos momentos, tan excitada. Estaba claro que pensaba matarse y además, hacerlo llamando la atención: *genio y figura...*

¿Qué pócima podría ofrecerle, inofensiva, similar? ¿Ácido acetil-salicílico? No no no, lo agrio la haría sospechar en seguida; además, no la mataría pero podría provocarla una perforación de estómago... ¿Sal yodada, tal vez bicarbonato de sodio? Lo mismo: su sabor característico lo delataría... Recordé entonces la frasca de polvos de talco, de aspecto similar al arsénico que fabricamos, inodoro e insípido. Aún me sorprende a mí mismo de la cantidad de imágenes y pensamientos que pasaron por mi mente durante ese corto trayecto, que va desde la entrada donde esperaba Emma hasta el laboratorio donde se almacenan los frascos.

- *Justiiiiin...* -interrumpió mi jefe desde arriba-
- ¡Ya voy, ya voy!

Cogí entonces el talco, volví donde ella y, apenas sin mirar, fiándose de mí, Emma cogió varios puñados del polvo blanco. Al estar fuera de sí, no se percató de la diferencia en la textura y tragó y tragó, creyendo que realmente yo había cedido a su antojo –a lo que estaba ella acostumbrada-. Bien, por fin mi corazón empezó a latir con normalidad.

Emma volvió a la oscuridad de la noche -¡ah, qué bella estaba, a pesar de lo pálida!-, con gran serenidad, como quien ha cumplido su obligación. Por mi parte, subí al comedor donde la *famille Homais* me esperaba, intrigados todos de aquella interrupción. No importa qué excusa puse, ya ni la recuerdo con todo el alboroto que se organizó después. Seguimos cenando sin darle al asunto mayor importancia.

Yo había pensado que, fuera de uno o varios vómitos blancos, la cosa no iba a pasar de ahí. Sin embargo, aquella fue la noche más larga, no solo de mi vida, sino de todo Yonville.

Al cabo de una hora de la cena, recibimos la visita de Felicité reclamando ayuda: su señora se había en-ve-ne-na-do. Mi patrono Homais salió a la plaza y comenzó a gritarlo, con lo que al cabo de media hora, el pueblo entero lo sabía, y todo el mundo estuvo pendiente de las entradas y salidas del hogar de los Bovary, murmurando.

Cuando Emma llegó a su casa con el rostro desencajado -me contó después Felicité-, fue derecha a su escritorio. Se sentó, cogió la pluma y una hoja de papel, y pasó un rato escribiendo. Después, guardó el escrito en un sobre y lo dejó encima del mueble, bien a la vista. A continuación, le pidió ayuda para desvestirse, ponerse su mejor camisón y acostarse. Comenzó a sentirse indispuesta, por lo que rogó a F. que permaneciera a su lado. La energía inicial de su señora se fue transformando en debilidad, su palidez iba en aumento, y se quejaba quedamente de mareo y malestar gástrico. A los pocos minutos, regresó Charles Bovary quien, extrañado de la tardanza de su esposa, había salido a buscarla. Al ver su sombrero y la capa en el recibidor, la supo ya en casa, la llamó y fue F. quien le contestó desde arriba. Charles corrió hacia su dormitorio, donde la encontró en la cama medio adormilada. Interrogó a F. con la mirada y esta le explicó que Mme. Bovary había llegado muy extraña aquella noche, había escrito algo (y señaló el sobre) y, no encontrándose bien, le suplicó que la acostara y siguiera a su lado. Charles, aturdido, arrimó la butaca al lado de la cama de Emma, y se sentó de forma que podía acariciar sus cabellos y darle la mano. Ella levantaba la mirada de vez en cuando y, con una dulzura con la que nunca se había dirigido a él, le decía cosas como:

“Pobre Charles, ya no te meteré en más problemas, pronto te habrás librado de mí...”

Emma tuvo ganas de vomitar. Cuando pareció calmarse, le indicó a su marido que cogiera el sobre y leyera lo que contenía. Charles, por momentos más nervioso, abrió la carta y comenzó en voz alta:

- *Que no se culpe a nadie...*-y terminó por romper a llorar-.

Entonces fue cuando Felicité, horrorizada, salió a pedir ayuda. Charles debió mandar aviso a los médicos de la zona: Monsieur Canivet y al Doctor Larivière, por lo que vi después. Con el jaleo, todo el pueblo en la calle comentando, pude escabullirme y llegar hasta la casa de los Bovary. Me quedé escondido en su jardín en un buen sitio, junto a la puerta, donde podía ver quién salía y entraba e incluso, oír algunas conversaciones.

Escuché la voz de Emma pidiendo que trajeran a su pequeña Berthe.

El primero que llegó a la casa fue Homais, mi patrón, quien subió hasta el dormitorio y entendí entre voces de congoja las palabras *arsénico, análisis...* Después, al poco rato, entró M. Canivet. *Emético, triaca, purga...* Las conversaciones llegaban hasta mí entre los sollozos de Felicité y de Charles y no podía comprender bien, pero deducía que la creían envenenada -¿y si realmente lo estuviera?- y pretendían aplicarle algún antídoto. A ratos incluso dudé de mí mismo, otras veces me planteaba la posibilidad de que Emma hubiera encontrado arsénico para las ratas en algún sitio, en su propia casa tal vez. Mi perplejidad iba en aumento. No pegué ojo en toda la noche, por supuesto. Seguía alerta y atento a cuanto allí acontecía. Pronto, vi luz en el dormitorio de la nena y deduje que habían vuelto a acostar a Berthe; no era espectáculo para ella, en verdad.

Al cabo de otro buen rato -perdí la noción del tiempo y no podría decir si fueron minutos u horas-, hizo su aparición el afamado, y ya casi anciano, Doctor Larivière, que fue recibido con gran alborozo. Seguían las conversaciones entre unos y otros, pero cada vez podía entender menos... Serían casi al alba cuando salieron los tres juntos: Canivet, Larivière y mi patrón.

Estuve dudando entre seguirlos a ellos, o quedarme allí, junto a Emma, y opté por permanecer donde estaba. Las articulaciones de mi cuerpo notaban el frío de la noche y me levanté para estirarme y moverme un poco. Estuve así un tiempo que se me antojó largo, con gran sigilo, hasta que escuché el relinchar de los caballos y volví a mi escondite. Esta vez era Monsieur Bournisien, el cura, con los santos óleos, que entró

con gran circunstancia. Yo no sabía qué pensar, ¿vendría *motu proprio* al haberle llegado la falsa noticia?... ¿Lo habrían avisado?, en este caso ¿quién o quiénes? No mi patrono, desde luego, quien abominaba de la Iglesia...

Reapareció Homais acompañado de Monsieur Canivet, sin Larivière. Entraron, subieron, y volvieron a hacerse perceptibles algunas conversaciones... No lograba entender bien pero me pareció que discutían sobre la curación a través de la extremaunción...

Ya casi era el alba cuando salieron de nuevo los tres: Monsieur Bournisien delante, y mi patrono junto al médico Canivet, unos pasos detrás. Yo seguía alerta y escondido, estirándome a ratos, cuando vi a Felicité que les despedía en un tono que me pareció apaciguado para la ocasión. Le hice un gesto y la llamé en un susurro para que solo ella me pudiera escuchar.

- Justin, ¿qué haces aquí? –pegó un respingo.
- Shhhh, ¡que no te oigan! –dije en voz queda-. Estaba pendiente de tu señora, como nos dijiste que se había en-ve-ne-na-do y corría la voz por todo Yonville, vine a ver qué pasaba.
- Bendito sea Dios, Justin, la han salvado –e hizo un gesto de alivio-. Y ahora, vete, si te ve aquí Monsieur Bovary, se extrañará mucho.

Aliviado, aún perplejo, y percibiendo de repente el cansancio que no había sentido en toda la noche, me fui a descansar.

Lo que sucedió a partir del día siguiente, fue todo un proceso que seguí con atención. En el pueblo las murmuraciones fueron variopintas y duraron meses. Los católicos piadosos decían que fue la extrema-unción que la resucitó. Los de mente más liberal, aseguraban que su salvación fue por las técnicas modernas del Dr. Larivière. Homais, mi patrono, según su costumbre, se atribuía a sí mismo todo el mérito. Hubo también quienes aseguraron que la triaca de Canivet había funcionado. Todo tipo de versiones, incluidas estupideces y maledicciones, tuve que oír. También, es justo decirlo, algún alma fue compasiva y calló.

Por fin, tras una semana sin salir de casa, vino Emma una tarde a la botica a preguntar por sales de plata, cloruro y yoduro. Me sobresalté y ella, sin duda, se dio cuenta. Nos contó, dirigiendo su mirada hacia mí, que quería dedicarse a la fotografía y que eran materiales necesarios para ello. Mi patrón le indicó dónde podría encontrarlos, no en el pueblo, pero sí tal vez en una droguería de Ruan. De Emma no me extrañaba ya nada,

podía ser otra estratagema de las suyas y me quedé algo preocupado, pero los días siguientes la volví a ver con normalidad.

Pareció que había reaccionado y una vez superado el trance, Emma decidió ponerse manos a la obra. Consiguió que les aplazaran el pago de la deuda y estuvo pensando y pensando... Entre las ideas que pasaron por su cabecita, le llamó la atención la fotografía. Marchó a París a recibir clases y volvió cargada con un baúl lleno de trastos y buenas intenciones. Comenzó retratando a su familia: Charles sentado, Charles con Berthe, miles de Berthes en todas las posturas y con todos los vestidos, Felicité en el campo, la campiña florecida... Pronto, se extendió el rumor de que hacía buenos retratos y desfilaron por su taller muchos vecinos de Yonville. La gente iba al principio por morbosidad de verla a ella, pero poco a poco, fue ganando fama en el oficio. Como era mujer muy creativa, sus fotografías siempre tenían un algo especial. Se negaba a crear escenarios artificiosos y a manipular las tomas; así sus retratos y paisajes resultaban de una gran naturalidad. A menudo en los días soleados, la veía con sus trastos, acompañada de Felicité y Berthe, practicando al aire libre.

En cuanto a su relación personal con Charles, mejoró desde el incidente. No sabemos qué sucedería entre ellos, pero se los veía paseando juntos al amanecer, serenos, cogidos de la mano, y los domingos a ambos con Berthe, hechos que antes nunca habían sucedido.

Iba pasando el tiempo. Se empezó a poner de moda entre la burguesía llevar consigo la *carte de visite*, una tarjeta con el nombre y una foto. Emma se entrevistó en París con el conocido Monsieur Nadar, que la había inventado, y consiguió que le cediera la patente. Emma se hizo de este modo con una buena clientela y unos nada desdeñables ingresos, su fama se extendió fuera de Yonville y creció hasta más allá de Ruan. Era evidente que algo había cambiado, en la vida de Emma y en la de todo el pueblo, ya que Yonville-L'Abbaye dejó de ser la aldea invisible para convertirse en la *Ville de Madame la Photographe*.

No diré que Emma parecía feliz porque no creo en la felicidad -¡esa quimera tan inalcanzable como irrenunciable!-, pero sí sosegada y en paz consigo misma. No sabemos si seguiría soñando con grandes pasiones, pero nunca hubo más *Rodolphes* ni *Lions* en su vida -eso se sabe en seguida en el pueblo-. En todo caso, los años y la madurez la favorecían y estaba cada día más hermosa.

Emma -*mi Emma*- nunca llegó a ser mía, pero fuimos buenos amigos siempre, y entre los dos existió esa complicidad especial de quien comparte un secreto.